## **Domingo XXII Tiempo ordinario**

Jeremías 20,7-9; Romanos 12,1-2; Mateo 16,21-27

«El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; el que la pierda por mí la encontrará»

30 agosto 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«Quisiera vivir siempre confiado y abierto a lo que la vida me pide en cada momento. Sin angustiarme por no cumplir. Me gusta vivir así el presente, con la libertad de los hijos de Dios»

Creo que hay experiencias en la vida que quedan marcadas a sangre y fuego en el alma. Uno siente que algo crucial sucede en un momento dado de su historia y entiende que la única forma de ser fiel a uno mismo es repetir esa experiencia fundante para su alma. Así me ha tocado vivirlo a mí en ciertas ocasiones. Es el camino una de esas experiencias. Ahora me dicen que andar es bueno. Contar los pasos que doy, los kilómetros que recorro. Es más sano que correr, menos violento que otros deportes. Pero no es ese caminar del que hablo. Puedo caminar dando vueltas a mi casa. Recorriendo una calle una y otra vez, siempre la misma. Está bien, pero no es lo mismo. Una experiencia fundante en mi vida fue hacer un día el camino de Santiago. En ese momento yo ya sabía que Jesús quería que siguiera sus pasos como sacerdote. Y todo comenzaba a arder en mi alma. Intuía cambios que llegarían pronto. Ese primer camino de Santiago me cambió por dentro. Y no tanto por llegar a Santiago, sino por la experiencia diaria del camino. Una palabra quedó grabada en mi alma: «Kairós». Esta palabra hace referencia a un momento sagrado, a un tiempo santo, en el que algo importante sucede en mi vida. Hay momentos sagrados en la historia que indican un antes y un después, un hito, un «parteaguas». A partir de ese momento todo comenzó a ser diferente. La experiencia del peregrino es más honda que la del caminante. El que camina no quiere llegar a ninguna parte, pero el peregrino se mueve por una motivación honda, llegar a su meta espiritual, esa meta que atisba como un sueño realizable en el horizonte. Para el peregrino es importante la meta. Pero para el verdadero pobre de Dios que camina hacia su meta noche y día, cada etapa, cada tierra, cada lugar que pisa, se convierten en algo importante. No son sólo accidentes que ralentizan su paso, o detienen su camino. El peregrino es un pobre que echa raíces allí por donde pasa. Ama la tierra que pisa. No olvida los lugares que le detienen. Conserva en su alma los paisajes que contempla. Y ve a Dios en todo lo que le pasa cada día. El peregrino vive el aquí y el ahora. Le preocupa la meta, porque es el sentido de su vida. Pero posee una mirada amplia, de horizontes infinitos, que no se estrecha. Siempre vive el ahora como un anticipo del cielo que espera, de la llegada gloriosa, del último paso del camino. Me gusta vivir el camino como una escuela para la vida. Lleva el peregrino poco equipaje, porque todo lo que posee es lo que tiene que cargar y no puede ser mucho. Vivir con poco equipaje no es fácil. El corazón busca retener, guardar lo que recibe por si después le hace falta. Cargar con mi mochila cada día me hace optar por lo imprescindible. No puedo llevar mucho, no lo necesito, soy pobre, confío en la providencia, en ese Dios misericordioso que se va a apiadar de mí en cada paso del camino. Me gusta esa actitud confiada. Ligero de cargas, ligero de pesos. A menudo cargo en la vida muchas cosas innecesarias. Me lleno de dependencias y lujos. Y cargo mochilas inmensas de un lado a otro para no experimentar nunca la necesidad, el dolor de la carencia, la herida de la pobreza. Trato de conservar todo lo que he recibido y no perder así nada por los caminos. El peregrino aprende a desprenderse de lo que le sobra e incluso también de lo importante. ¿Qué me sobra a mí en este camino de la vida? Me viene bien mudarme de vez en cuando, cambiar de casa, emprender algún viaje, hacerme peregrino. Para saber así lo que necesito y lo que me sobra. Para distinguir lo imprescindible de aquello a lo que puedo renunciar con facilidad. El peregrino no hace planes. Su única meta es la del día siguiente, el siguiente pueblo. Pero no planifica. No quiere tenerlo todo previsto. Sabe que las cosas no siempre salen bien y quiere estar

dispuesto a dejarse interpelar por el camino. Me gusta esa mirada confiada del que sólo tiene por delante un día, aunque le falten aún muchos días para llegar a esa meta anhelada. El peregrino se detiene donde la vida lo detiene. No tiene prisa por llegar a la siguiente parada. Sabe que es suyo el tiempo y le sobra. No tiene que correr porque nadie lo espera. Los horarios y las prisas, los planes y las exigencias, han caído. Camina libre como los niños que saben que lo único que tienen que hacer es vivir cada momento con intensidad. Me gusta esa forma de vivir la vida en el camino. Ojalá no me olvidara cuando lleno mi agenda de reuniones y encuentros. Cuando vivo angustiado por responder a todas las expectativas que tiene sobre mí el mundo. En el camino me libero de las prisas para vivir con calma, sin prisas, despacio. Quisiera vivir siempre así. Confiado y abierto a lo que la vida me pide en cada momento. Sin angustiarme por no cumplir con lo que los demás esperan. Nadie me espera en el camino. No tengo que cumplir ninguna exigencia impuesta. **Me gusta vivir así el presente, con la libertad de los hijos de Dios.** 

Me encuentro con muchas personas que no saben qué hacer con su vida. No saben lo que Dios quiere de ellas, lo que espera. Como si siempre estuvieran en deuda consigo mismos, con la vida. Buscan más y siempre su alma está insatisfecha, nunca es suficiente, nunca es bastante. Como si lo que hacen, lo que piensan, lo que dicen, lo que poseen y han logrado, no fuera nunca suficiente. Podrían repetir continuamente las palabras del salmo: «Mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua». Un alma sedienta, insatisfecha, ansiosa. ¿Será real o será sólo fruto de su imaginación, de sus deseos de grandeza y reconocimiento? Puede que sí, no lo sé. Sé que esta sensación es una realidad de todo corazón humano que anhela el infinito como meta al final del camino y no se conforma con los retazos de cielo recogidos en los días de su vida. Puede que, al proyectar el futuro, se queden en silencio deseando vivir esa vida que un día soñaron y no poseen. Han tomado decisiones que nunca eligieron, han aceptado circunstancias que no desearon y han apagado sueños que un día sintieron. Y al final no cuadran los sueños con la realidad, ni el anhelo con la vida hecha carne. Se rebelan llenos de rabia contra sí mismos, contra la vida que Dios parece darles. Y quieren algo más, algo nuevo, algo diferente. Sí, conozco mucha gente sedienta, insatisfecha, infeliz. Y conozco a otros que aceptan su vida con paz de cielo, miran el presente sin turbarse, cara a cara, le sostienen el pulso a la vida sin perder la fe. Son estos los santos que Dios sigue despertando. Su insatisfacción no detiene nunca sus pasos y los fracasos no son causa de desesperación. Me gustaría mirar así siempre la vida. Sé que tienen estos tiempos de pandemia algo que desconcierta a mi alma. Estoy acostumbrado a repetir moldes, rutinas, planes que se realizan, proyectos sostenibles. Y este tiempo duro y difícil que vivimos me inquieta. Ya nada puede ser igual que antes. O no puede darse como yo hubiera esperado. El miedo al contagio, el dolor por las pérdidas, la ausencia de abrazos, la imposibilidad del encuentro. El alma duele por dentro, en lo más hondo. No está hecha mi alma para las pantallas. La sed es más fuerte y el hambre de cielo en este tiempo detenido, que sigue avanzando. Tengo claro que el corazón desea siempre lo que no posee y se siente incompleto, porque así será hasta el cielo. Pero tengo que reconocer que ahora la sed es más profunda. Quiero una vida más plena. No quiero pensar que mis sueños se quedaron simplemente escritos en un papel, como tristes ideales no realizables. No quiero acabar echándole la culpa a los demás, a la vida injusta, a mi propia historia llena de infortunios de todo lo que no me resulta. No quiero creer que los otros están mal y soy yo quien hace las cosas bien. El tiempo ahora se detiene ante mí para que yo me ponga a pensar con más fuerzas. ¿Qué quiero de la vida, qué espero? ¿Qué me pide Dios que haga, hacia dónde encamino mis pasos, mis vuelos? ¿Qué más podría dar? ¿Estoy siendo aquel que quiero ser? Miro hacia dentro en silencio. A veces el aire se torna irrespirable tratando de buscar respuestas y encontrar salidas. Porque quiero respuestas inmediatas, soluciones fáciles, vencer el aburrimiento de un tiempo que no pasa, de un virus que no cesa, de una vida que no es la que hubiera soñado y querido para este tiempo. Y en medio de estos días detenidos descubro la importancia del aburrimiento. Si no me aburriera no me podría inventar nuevas historias, nuevos comienzos, nuevas salidas. Si no tuviera tanto tiempo detenido ante mí de forma exasperante no lograría imaginar un mundo diferente. No podría reinventarme. Es una palabra que evoca muchas cosas en mi interior. Volver a empezar. Darles la vuelta a formas consolidadas dentro de mí. Cambiar aspectos de mi vida que se van quedando obsoletos. Métodos

antiguos que dejan de servir. La meta sigue siendo la misma. Una vida plena, una vida feliz, una vida alegre y confiada, una vida en Dios, una vida santa al servicio del hombre. Pero las formas, las palabras, los gestos, los caminos cambian. Y el alma se inquieta porque teme perder seguros y le cuesta tener que desandar caminos ya pisados. Contar con estos tiempos extraños que vivo me abren a buscar nuevas formas de vida, nuevos estilos. Puedo hacerlo, aunque me duelan las entrañas. Y sienta que ya soy viejo, o no tengo fuerzas para crear cosas nuevas. Todo es posible si me abro a la vida de hoy. Sin empeñarme en repetir moldes antiguos. Reinventarme no supone negar la verdad de todo lo vivido. Pero a tiempos nuevos, de crisis, a tiempos difíciles, son necesarias respuestas creativas, nuevas rutas que alegren el corazón del hombre de hoy que vive con sed, con hambre, de un paraíso en la tierra. No le tengo miedo entonces a la vida como se presenta. Llena de desafíos nuevos, de caminos inciertos llenos de dudas que me turban. No me creo en posesión de la verdad. Y acepto que no necesariamente las cosas han de ser como fueron antes.

La seducción es el arte que usa Dios para acercarme hasta Él. Yo me alejo de Él, busco otros lugares en los que descansar, donde echar raíces. Me alejo diciendo que lo sigo a Él, que quiero hacer su voluntad y seguir sus mandatos. Pero pronto me veo buscándome a mí mismo en la lucha de mi vida. Buscando mi espacio, mi paz, mi éxito, mis logros. Quiero ser yo el centro y lo pongo a Él en un segundo plano. Hoy escucho: «Me sedujiste, Señor, y me dejé seducir; me forzaste y me pudiste. La palabra del Señor era en mis entrañas fuego ardiente, encerrado en los huesos; intentaba contenerlo, y no podía». Me sedujo su mirada, su llamada, su abrazo en medio del camino. Me sedujo su voz, me sedujo su palabra. Ardía como fuego en mi interior. Y yo me daba cuenta de que no podría ser yo mismo si no seguía sus pasos. Y lo deje todo para abrazar su espalda. En un intento inútil por trepar hasta Él. Sin saber que era Él el que podía descender hasta mi presente. Deseando hacer todo lo posible por conseguir la meta. Sin saber que era Él el que podía llevarme en andas hasta el final del camino. Intenté buscar fuera de mí la verdad sobre mi vida y me encontré con que las respuestas más verdaderas se encontraban ya dentro de mi alma. Acaricié el contorno de la vida en piel humana, sin distinguir muy bien dónde se encontraba Él oculto en esos pliegues finitos. Intenté conseguir reflejar con mis palabras limitadas algo de su belleza infinita. Pero fue en vano porque era Él el único que podía mostrarse en mis vanos intentos humanos por llegar a ser Dios. Y le grité tantas veces lo que hoy he repetido en el salmo: «Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua. ¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. Fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene». Sé que sólo si amanezco a su lado mi vida será fecunda. Como el sarmiento que quiere desprenderse de la vid. Sé que solamente siendo yo mismo lograré que encajen todas las piezas de mi vida. Sólo si soy fiel a mí mismo, a mi verdad. En ese encuentro conmigo mismo me encuentro con Dios en lo más profundo. El otro día leía: «Solo Jesús nos ha contado cómo es Dios. Solo él es la fuente para acercarnos a su Misterio. Cuántas ideas raquíticas y poco humanas de Dios hemos de desaprender para dejarnos atraer y seducir por ese Dios que se nos revela en Jesús»<sup>1</sup>. Quiero dejarme atraer por ese Dios que me revela Jesús con su rostro, con sus palabras, con su forma de vivir y de amar. En ocasiones tengo una idea bastante limitada y raquítica de Dios. Me imagino un Dios como yo altivo y orgulloso que espera el fallo de los demás para exponerlo en público. Un Dios exigente que busca la perfección. Un Dios demandante que no se conforma con la entrega mísera de mis dones y talentos. Pienso en ese Dios que sólo espera a que me equivoque. Por eso me seduce tanto ese Jesús humano que me habla de un Dios misericordioso, que se acerca al pecador y al indigente. Ese Dios que se detiene a socorrer al hombre caído al borde del camino. Ese Dios que me mira conmovido cada vez que ve en mí el más pequeño atisbo de pobreza. Ese Dios que no juzga mi vida por pequeños actos, por mis errores puntuales, sino que contempla en su totalidad lo que he vivido y mira maravillado todo lo que Él ha hecho conmigo. Me atrae y seduce ese Dios cercano que se arrodilla ante mí esperando solamente mi sí como respuesta. No se impone, no me fuerza, no me obliga. Sólo espera queriendo atraerme con su mirada abierta, sus brazos

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> José Antonio Pagola, Arturo Asensio Moruno, El camino abierto por Jesús. Juan

grandes, su pecho herido. No se impone, no tira de mí con fuerza. Espera a la puerta de mi alma hasta que yo quiera abrirle y dejarle entrar dentro de mi vida. Y yo me siento débil. No sé si creo tanto en ese Dios de Jesús que me seduce. Y apago con fuerza el fuego de su palabra que arde dentro de mí queriendo incendiar mi vida. Es como si a veces fuera en mí más fuerte la seducción de la culpa: «No te vas a aproximar ni un centímetro a la divinidad mientras te rindas a la seducción de la culpa, aunque sea un solo ápice»². No quiero que la culpa me seduzca y reine dentro de mi ánimo. Es la culpa ese sentimiento enfermo que me lleva a mirarme con desprecio cada día cuando no logró el objetivo que me había propuesto o que otros me habían impuesto. Ese sentimiento de culpa que me hace desistir del intento por ser mejor, por ser más de Dios, por ser más libre. Como si todo se jugará en decisiones que no soy capaz de tomar y en pasos que no soy capaz de dar. Vuelvo a mirar hoy a Jesús conmovido y me dejo seducir por Él. Dios tiene la última palabra sobre mi vida. Y yo tengo también la última palabra. En mis manos está la posibilidad de ser yo mismo acercándome más a Dios. O puedo ser otro alejándome de ese rostro que me muestra mi única verdad. Hoy le pido al Señor que me seduzca, que me lleve al desierto para estar con Él.

Las categorías de este mundo están claras. Sé lo que tengo que hacer para adaptarme al mundo. Lo que vale es el éxito, el reconocimiento, la fama. El dinero que me abre las puertas. Mi imagen pública y conocida que me da la vida y me acerca a las personas. El ego que tiene más fuerza que cualquier amor. El mundo me invita a pensar en mí para salvar mi vida. Es lo que cuenta, mi propia vida. Importa ser capaz de afirmarme a mí mismo por encima del resto. Negarme no tiene sentido. No quiero vivir pendiente de las necesidades de los demás. El mundo me invita a salvarme, a protegerme, a refugiarme. Las reglas del mundo son las que me hacen vencer en las batallas y no perder ninguna. Es lo que el corazón desea, ganar siempre. Me ajusto al mundo tantas veces. Y hoy escucho: «No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto». Lo perfecto, lo que Dios quiere. ¡Qué lejos de este mundo que me invita a seguir otras normas, otros criterios! Escuchaba en una película: «Ganaste, no por jugar el juego, sino porque fuiste tú. Eres una buena persona». Esta persona de la que hablan no juega el juego de este mundo. No quiere protegerse. Busca salvar la vida de otros. Y para hacerlo es fiel a ella misma. Fiel a su corazón, aunque eso no sea lo que el mundo le invita a hacer. No quiero ajustarme a este mundo. A lo que el mundo espera de mí, a lo razonable, a lo prudente, a lo que corresponde, a lo que es justo. El mundo tiene sus reglas y yo quiero hacer caso a la voluntad de Dios. Quiero discernir lo que a Él le agrada, lo que va a ser mejor para mí a la larga. Quiero ser fiel a mí mismo y no quiero vivir cumpliendo las expectativas de los que observan mi vida. Me demandan, me exigen y yo pretendo adaptarme a los gustos del mundo, a sus normas y criterios. Se trata de ser más de Dios. Pertenecerle a Él sin dejar el mundo, sin bajarme de este mundo que me da la vida y me la quita al mismo tiempo. Hoy Jesús me lo recuerda: «; De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?». Me gusta ganar el mundo entero. Amo todo lo que la vida me ofrece en el mundo en el que vivo. Me gustaría cambiar muchas cosas, es cierto. Pero no tengo fuerzas y al final me veo cambiando yo en ese intento fútil de intentar cambiar las cosas. En lugar de vivir de acuerdo con lo que pienso, con mis criterios y principios, acabo viviendo como el mundo me dicta. Me importa lo que al mundo le importa. Voy corriendo al ritmo, a la velocidad del mundo. Quiero ganar el mundo entero y tenerlo a mi servicio. No quiero perder el poder, mi posición, mi seguridad, mi estatus. Me siento privilegiado y no quiero que cambie nada a mi alrededor. Pienso que es imposible cambiar el mundo y me lo acabo creyendo. Jon y Missy Butcher comentan: «¡Quién soy? ¡En qué creo? ¡Quién elijo ser? Todos somos capaces y podemos. La única manera sostenible de ayudar a los demás es activarlos para que se ayuden a sí mismos. Que conecten con su razón de ser. Te acosa el mundo cuando no sigues las reglas de todos». No tengo por qué adaptarme al mundo. No tengo una razón clara para querer poseer el mundo. No me pertenece. Sólo estoy de paso. Y sé que en ese caminar mío por el mundo puedo cambiar muchas cosas. Incluso aunque escuche que eso no es posible. En la película «Una vida oculta», le decían al protagonista: «Nadie va a cambiar. El mundo será como siempre. Tus acciones hicieron lo contrario a lo que esperabas. Alguien ocupará tu lugar». Sólo

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Elizabeth Gilbert, Come, reza y ama

quieren que no muera por una idea. Que renuncie a sus creencias. Que jure fidelidad a Hitler. Pero el protagonista no ve que tenga que dar ese paso, aunque lo pierda todo. Esos actos ocultos cambian el mundo, aunque no lo parezca. No quiero renunciar a mis creencias, a mi fe. No quiero vivir adaptándome a los moldes que me impone el mundo. Detesto esos moldes que no se corresponden con lo que yo quiero ser. Soy más de lo que ahora veo en mí. Puedo llegar mucho más alto, más lejos. Puedo cambiar criterios de este mundo, aunque yo no viva para verlo. La semilla enterrada dará fruto, en eso creo. Por lo menos mi ejemplo puede ayudar a otros. Está en mí la posibilidad del cambio. Pero todo tiene que surgir desde dentro. No puedo hacer las cosas por los demás. Ellos tienen que hacerlas solos, desde su verdad, desde sus opciones personales más importantes. Desde lo más hondo de su ser. Esa es la realidad. Puedo cambiar el mundo y sus criterios si soy fiel a lo que hay en mi interior. Si lucho por saber lo que quiero hacer con mi vida. Si descubro en el corazón de Dios el sueño para el que Él mismo me creó. Si guardo silencio para escuchar la voz queda de un Dios que susurra en mis oídos verdades que me cambian por dentro. No le tengo miedo a ese Dios que me muestra quién soy yo y lo que valgo, lo que puedo dar. No me adapto al mundo. No me conformo con los mínimos que me ofrece. Quiero ir más lejos y ser capaz de vivir una vida más plena. Mi vida, la que Dios ha puesto en mis manos para que la haga fecunda. Ganar el mundo es posible adaptándome a las exigencias que me impone. No lo quiero. Sólo quiero actuar desde dentro. No movido por los hilos que alguien maneja desde fuera de mí. Puedo dar mucho más, ser mucho más, ser yo mismo, fiel a mi verdad.

Jesús me invita a darlo todo, a entregar la vida y perder incluso lo que más amo. Es la condición para el seguimiento verdadero: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que carque con su cruz y me siga. Si uno quiere salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí la encontrará». Seguirlo a Él, negarme a mí mismo, cargar con su cruz, no querer salvar mi vida, es el camino que Jesús me muestra. Hoy en día reina el miedo al contagio. El virus, la pandemia, es una realidad que atemoriza. Quiero protegerme para que nadie me haga daño. Vivo centrado en mí mismo, asustado, oculto. Trato de conservar mi vida, que nadie la ponga en peligro. Esta enfermedad puede sacar lo mejor de mí y hacerme solidario y generoso. Pero también puede sacar lo peor. Me puedo volver egoísta, egocéntrico, miserable, amargado. Pienso sólo en mí, busco sólo mi bien, pienso en mi futuro. Esta situación de crisis puede llegar a despertar lo peor que hay en mi corazón. Salvar la propia vida se convierte en una prioridad. Poco más me importa, sólo lo mío. Lo que necesito es salvarme yo, aunque sea yo solo, sin contar con nadie más. Este pensamiento tan del mundo me ciega y me vuelve solitario e individualista. Los demás son una carga y sólo me complican. Cambiar esta forma de pensar, cambiar estos criterios, no es tan fácil. Tengo que dejarme convertir por el amor de Dios. Comenta el P. Kentenich: «Sólo podemos prepararnos por medio de un desprendimiento constante, serio y profundo de nosotros mismos y del mundo, sobre todo, por un desprendimiento de cosas que nos son muy queridas. Sacrificio del corazón. Desprendimiento. De este modo, puedo despejar el camino para Dios, para que, cuando él descienda, tome mi voluntad y la arrastre consigo hacia lo alto, de modo que mi vida llegue a ser realmente una vida de amor»<sup>3</sup>. Tal vez hoy Dios me está pidiendo el sacrificio del corazón. El sacrificio duele y me parece algo ajeno a mis deseos. No quiero renunciar a nada de lo que deseo, porque la renuncia siempre me parece mala. No quiero negarme a mí mismo, porque creo que es necesario afirmar mi valor. El mundo me dice que no es necesaria la renuncia. Me grita que no tengo que renunciar a nada, porque puedo tenerlo todo. Pero en el fondo de mi alma sé que eso no es posible. Cualquier decisión que tome implica siempre una renuncia. Cualquier camino me lleva a dejar otro de lado, con todo lo bueno que ese otro camino tiene. Hoy resuenan en mi corazón las palabras de Jesús: entregar la vida, negarme a mí mismo, dar la vida, morir por otros, amar sufriendo. Son palabras fuertes, invitaciones radicales. Mi corazón sufre sólo de pensarlo. Este es el camino al que me invita hoy Jesús. Me pide un desprendimiento constante y serio. Una renuncia profunda a mí mismo, a mis deseos. Me pide que deje de lado esas cosas que me vuelven egoísta. Y que renuncie y me sacrifique por amor. El seguimiento implica siempre dejar atrás lo que me pesa, lo que me encadena, lo que me ata a otra forma de vida. Seguir a Jesús me lleva a mirar al hombre, al

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> King, Herbert. King N° 2 El Poder del Amor

que me necesita, al que está perdido y solo en medio de la vida, al que más sufre. Comenta Jon Sobrino: «Sólo una Iglesia que baje de la cruz a los crucificados hará presente a Dios en medio del mundo». Sólo un cristiano que piense en la vida de los demás, en su salvación, antes que, en la propia, es un verdadero cristiano. Esta forma de pensar me lleva a querer salvar a otros mucho antes que salvarme a mí mismo. Tengo claro que cuando un barco se hunde la tentación es querer sálvame yo. Cuando el mundo vive una enfermedad como la actual la tentación es querer proteger mi mundo, a los míos y salvarlo. Pienso en medio de la exigencia de la vida sólo en mi pequeño mundo. Desprenderme de mis pretensiones mundanas va a ensanchar mi corazón y a elevarlo a la altura del cielo. Quiero dejar de lado las pretensiones de este mundo. Lo que la gente valora. Lo que me han dicho que merece la pena. Esa renuncia es la que Dios me pide. Sólo así podré correr a su paso, seguir por su camino, caminar a su lado. Esto será posible cuando logre que mi alma sea más liviana, cuando haya dejado de pensar como los hombres. Dejo mi mundo atrás para seguirlo a Él. me gusta mirar a Jesús para seguir sus pasos. Quiero optar por sus caminos y aceptar las renuncias que eso implica. No me importa el sacrificio porque sólo quiero hacer su voluntad. No puedo seguir a Jesús a medias. No valen las medias tintas. O lo sigo por entero, con todo lo que soy y tengo, dejando a un lado lo que me sobre y entorpece. O mejor no lo sigo y permanezco atado a mi mundo, a mi realidad sin preocuparme de los deseos de Dios. El seguimiento siempre es radical.

Hoy Jesús me señala la meta de mi camino hablando de su propio camino. Él va a morir en la cruz como lo haré yo, porque no puedo dejar la cruz a un lado. Le meta tiene que ver con el paraíso, con el cielo. Sé que voy a vivir para siempre: «En aquel tiempo, empezó Jesús a explicar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer allí mucho por parte de los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día». Jesús hoy se lo explica así a sus discípulos, pero ellos no entienden, es demasiado pronto, piensan como los hombres: «Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: -; No lo permita Dios, Señor! Eso no puede pasarte». Yo pienso como Pedro. No quiero que lo malo suceda en mi vida. No quiero perder lo bueno que estoy viviendo. Amo el éxito, la fama, la vida, la alegría, la paz, el amor, la sonrisa, el abrazo. No quiero que se acabe lo que me da alegría. Huyo del dolor, de la muerte, de la pérdida, del fracaso, del final de lo bueno, de la tristeza, del odio. Las alegrías de esta vida le dan sentido a mi camino. Añoro siempre la alegría del domingo, del día de fiesta, de las vacaciones. La alegría de esos momentos de cielo en la tierra sostiene mis pasos. Tengo claro la verdad de las palabras de C. S. Lewis en «Tierras de penumbra»: «El dolor de entonces es parte de la felicidad de ahora. El dolor de ahora es parte de la felicidad de entonces». Presente y futuro van siempre de la mano. Lo que vivo ahora pertenece a lo que viva para siempre. El pasado, el presente y el futuro están unidos. Por eso quiero vivir la felicidad del momento como un regalo inmenso sin pensar en el futuro incierto. Sé que forma parte del dolor que vendrá, pero vivo la alegría en presente. Al mismo tiempo el dolor que sufro ahora es parte de un futuro lleno de paz y alegría y también está unido a las alegrías que ya he vivido y llenan de luz el pozo de mi alma. Todo está unido en mi interior y en el corazón de Dios. No quiero vivir con miedo a perder la alegría del momento que tengo ahora ante mis ojos. Pedro no quería perder lo que tenía ante sus ojos. Lo había dejado todo por seguir a Jesús y no quería que ese sueño se acabara. La felicidad de tener Jesús a su lado cambiando el mundo era lo que le llenaba de paz y esperanza. Pensar en perder a Jesús le llenaba de oscuridad el alma. Tenía claro que quería que ese momento de Tabor en su vida fuera eterno. No quería perder su alegría. Pensaba como los hombres, es la realidad. Me pasa a mí tantas veces cuando no quiero que se acabe nunca lo que ahora disfruto. Santa Teresita del Niño Jesús decía que la morriña de los domingos es añoranza del cielo y tenía razón. Quiero retener la gloria del presente, la felicidad pasajera que se me esfuma entre los dedos. Quiero sostener entre mis manos lo que más feliz me hace. Cada día alegre que vivo va llenando de agua el pozo de mi alma. No vivo con miedo a que pase. Porque toda esa alegría forma parte del dolor que un día traerá a mi alma el perder lo que ahora amo. Y entonces ese dolor estará mitigado, suavizado, por la alegría ya vivida y guardada como un tesoro. Al mismo tiempo sé que ese dolor será sólo parte de la alegría eterna que un día viviré en el cielo. Miro hacia mi pasado, me anclo en mi presente y sueño con un cielo cargado de estrellas. Mientras tanto sentirá la nostalgia del cielo se hace más fuerte con la ausencia, con la pérdida y la carencia. Pero no quiero mirar a Jesús como lo mira Pedro, lleno de

reproches. Quiero que Jesús me mire conmovido, no como hoy mira a Pedro: «Jesús se volvió y dijo a Pedro: - Quítate de mi vista, Satanás, que me haces tropezar; tú piensas corno los hombres, no como Dios». Quiero confiar en Dios en mi vida. Él me sostiene en la pérdida y me levanta en las caídas. Él me llena de paz y esperanza y me regala momentos de cielo. Sé que los dolores del presente forman parte de la alegría que ya viví y de la alegría que tendré para siempre en el cielo. Por eso no me turba pensar en la cruz, en la muerte, en el horror que no deseo, del que huyo. La meta final es la vida, la alegría, la esperanza. Esa mirada llena de esperanza es la de Dios en mí.